

La Oración Dominical

Sexta petición del Padrenuestro

Al pedido de liberación del *pecado* sigue el pedido de la liberación de la *tentación*, esto es, de los ataques del demonio para llevarnos al pecado.

1º Motivos de esta sexta petición.

Nuestro Señor Jesucristo nos ha mandado hacer esta petición tanto en el Padrenuestro («*No nos dejes caer en la tentación*») como en Getsemaní a los tres apóstoles («*Velad y orad, para no caer en la tentación*», Mt. 26 41), para que diariamente nos encomendemos a Dios e imploramos su cuidado y protección paterna, por dos motivos principales, que son: la lucha que arman contra nosotros los demonios, y nuestra gran debilidad e ignorancia frente a tantos peligros.

1º **Lucha que arman contra nosotros los demonios.** Después de haber alcanzado el perdón de nuestros pecados, y encendidos en el deseo de amar y servir a Dios y de observar puntualmente sus mandamientos, es muy de temer que el enemigo del linaje humano, inventando muchos ardides para combatirnos, intente volver a la casa de que fue expulsado y nos haga caer de nuevo en los vicios, para volvernos peores, si fuera posible, de lo que éramos antes (Mt. 12 45). Y así, si no nos confiamos a Dios, nos veremos atrapados prontamente en los lazos del infernal enemigo.

a) **Gravedad de las acometidas del diablo.** *Los demonios nos combaten unas veces abiertamente, otras oculta y escondidamente, mas de tal modo que apenas podemos vernos libres de sus asaltos.*

San Pablo, para manifestarnos la gravedad de sus acometidas, los llama (Ef. 6 12): • «**PRÍNCIPES**», *por la excelencia de su naturaleza, muy superior a la nuestra;* • «**POTESTADES**», *porque nos superan, no sólo por su naturaleza, sino también por su poder;* • «**RECTORES DEL MUNDO DE LAS TINIEBLAS**», *porque gobiernan a quienes viven encenagados en la ceguera de sus pasiones;* • «**ESPIRITUS MALIGNOS**», *porque inclinan nuestra naturaleza al mal, excitando las pasiones y los apetitos a todo lo que es depravado y contrario a la ley de Dios.*

De donde se deduce que son poderosas las fuerzas de nuestros enemigos, invencible su ánimo de perdernos, cruel e implacable su odio contra nosotros, y continua la guerra que nos hacen, de modo que no cabe con ellos paz ni tregua.

b) Audacia y perversidad del diablo en tentarnos. La audacia del diablo en buscar la perdición del género humano queda patente en las Sagradas Letras: • acometió a nuestros primeros padres en el paraíso (Gen. 3 12); • persiguió a los Profetas y a los Apóstoles (Job 1 6 y 2 1; Lc. 23 31); • no se avergonzó ante la presencia misma de Cristo (Mt. 4 3); • y tanta es su sed de condenar a las almas, que no es sólo Satanás quien tienta a los hombres, sino que los acometen bandas enteras de demonios (Lc. 8 30; Mt. 12 45).

c) Los justos, blanco de las tentaciones de los demonios. Es de notar que los demonios no necesitan combatir a los pecadores, pues como éstos se han entregado voluntariamente a él, reside ya en sus almas a su gusto, sin que le sea preciso tentarlos ni vencer resistencia ninguna. Mas con los justos no es así: consagrados a Dios como están, y esforzándose por llevar en la tierra una vida celestial, son objeto de los ataques furiosos del diablo, que los aborrece, y continuamente arma asechanzas para hacerlos caer.

La Sagrada Escritura nos da numerosos ejemplos de varones justos, a los que el demonio consiguió vencer con sus violencias y astucias: Adán (Gen. 3 2), David (II Rey. 11 2-3), Salomón (III Rey 11), Sansón (Jue. 16) y otros.

d) El poder de los demonios de tentar es limitado. Mas, con todo, no hay que tener ánimo apocado frente al demonio, porque Satanás, con todo su poder, tenacidad, malicia y odio contra nosotros, no puede tentarnos todo lo que quiere ni todo el tiempo que desea, sino que todo su poder está subordinado a la permisión de Dios, que sólo permite que nos tienta para nuestro bien; de modo que ni en la pira de cerdos habría podido entrar sin la licencia del divino Salvador (Mt. 8 31).

2º Nuestra debilidad e ignorancia. El segundo motivo de esta petición es que necesitamos del auxilio divino para no caer, a causa de nuestra debilidad e ignorancia. En efecto, todos sentimos lo mucho que puede en nosotros la ira y la ambición, y las numerosas acometidas de nuestras pasiones, que son tan variadas que es difícil no sucumbir a ninguna.

Ejemplo de esta humana flaqueza lo tenemos en los Apóstoles, que abandonaron a Nuestro Señor después de haber hecho poco antes ostentación de gran valor (Mt. 26 35-36), especialmente San Pedro, que muy confiado en sí mismo, porfiaba en seguir a Nuestro Señor hasta la muerte (Mt. 26 35), mas lo negó poco después atemorizado por una mujer (Mt. 26 69 y 72). Por consiguiente, debemos pedir a Dios, humilde y rectamente, que no permita «*que seamos tentados por encima de nuestras fuerzas, sino que con la misma tentación nos dé su ayuda para que podamos resistir*» (I Cor. 10 13).

2º «No nos dejes caer en la tentación».

1º Qué significa «tentación». *Tentar significa someter a prueba a alguien con el fin de averiguar de él alguna verdad, preguntándole para ello otra distinta; y por eso el fin próximo de todo tentador es la ciencia o conocimiento. Dios no tienta a nadie con miras a este fin, puesto que no ignora nada, por cuanto «*todo está patente y desnudo a sus ojos*» (Heb. 4 13). Mas puede suceder a veces que a*

través de lo que alguien averigua de otro, se busque otro fin remoto, ya sea bueno, ya sea malo.

- *Se busca un **buen fin** cuando se prueba la virtud de alguien para que, demostrada y conocida aquella, sea honrada y puesta por ejemplo para ser imitada por los demás; lo cual sólo conviene a Dios, que aflige a los suyos con cruces y pobreza, para probar su paciencia y ponerlos ante los demás como modelos de vida cristiana. De este modo dice la Sagrada Escritura que tentó Dios a Abraham (Gen. 22 1) y a Tobías (Tob. 12 13).*

- *Se busca un **mal fin** cuando se induce a los hombres al pecado o a su perdición; lo cual es oficio propio del diablo, que por eso es llamado «tentador» en las Sagradas Letras (Mt. 4 3). El demonio, para inducirnos al pecado, procede por tanteos, valiéndose para ello, como de incentivos interiores, de nuestras pasiones y afectos, y como de incentivos exteriores, de todo tipo de acontecimientos prósperos y adversos, y de hombres pervertidos (entre los cuales figuran los herejes protestantes, sentados en cátedra de pestilentes doctrinas).*

2º **Qué significa «ser inducido en tentación».** Dícese que somos inducidos en tentación –así reza el texto latino– cuando sucumbimos a ella, lo cual puede ser de tres modos:

- *Cuando cedemos o consentimos aquel mal al que alguien nos indujo tentándonos. De este modo Dios no induce a nadie a la tentación, pues Dios no es para nadie causa de su pecado (Sant. I 13).*

- *Cuando aquel que podría evitar que caigamos en la tentación no lo hace, no siendo él, con todo, quien tienta. Así es como permite Dios que sean tentadas las almas piadosas y justas, pero sin abandonar a quienes se apoyan en su gracia. Sin embargo, hay que observar que es costumbre en la Escritura expresar esta permisión divina con términos que parecen indicar una acción positiva de Dios; y así se dice que Dios «endureció el corazón» de Faraón (Ex. 4 21; 8 3), o que «cegó el corazón» de su pueblo (Is. 6 10), o que entregó a los gentiles «a pasiones infames» (Rom. I 26-28); por lo que tales textos deben ser entendidos, no como si Dios hiciese lo que en ellos se dice, sino sólo que lo permitió como castigo por el rechazo reiterado de sus gracias.*

- *Cuando abusamos para nuestra ruina de los mismos beneficios recibidos de Dios, malgastando la hacienda paterna como el hijo pródigo, viviendo disolutamente y dando rienda a nuestras malas pasiones (Lc. 15 12-14). Ejemplo de ello fue la misma ciudad de Jerusalén, que enriquecida con toda clase de bienes y divinos dones, se ocupaba sólo en gozar viciosamente de la abundancia de bienes terrenos, perdida toda idea de los bienes del cielo (Ez. 16).*

3º **Qué se pide en esta parte de la Oración Dominical.** Teniendo en cuenta todo lo dicho anteriormente, se ve que:

a) *No se pide* aquí no ser tentado de ningún modo, dado que la tentación es sumamente provechosa para el hombre: • porque lo obliga a *humillarse*, reconociendo su miseria –como sucedió con el apóstol San Pedro, cuya caída lo liberó de su soberbia presunción– y resignándose bajo la poderosa mano de Dios (I Ped. 5 6); • porque lo estimula a *luchar con energía* contra los enemigos del alma y merecer

así la corona del premio: «*Bienaventurado el varón que sufre la tentación, porque después que fuere probado, recibirá la corona de vida, que Dios ha prometido a los que le aman*» (Sant. 1 12); • y porque lo hace *asemejarse más a Jesucristo*, y acudir frecuentemente a su mediación compasiva y misericordiosa: «*Lleguémos con confianza al trono de la gracia, a fin de alcanzar misericordia y hallar el auxilio de la gracia, para ser socorridos en el tiempo oportuno*» (Heb. 4 15).

b) **Lo que se pide** a Dios es que no consintamos en las tentaciones, y que su gracia esté siempre dispuesta para ayudarnos cuando a nosotros nos falten las fuerzas para resistir al mal. Por eso hemos de implorar el auxilio de Dios en todas nuestras tentaciones, pidiéndole que nos ayude a no condescender con los apetitos desordenados, a no desmayar frente a las tentaciones, y a no desviarnos por ellas de los caminos del Señor.

3º Consideraciones sobre esta petición.

1º **Causa de la victoria contra las tentaciones.** La causa de nuestra victoria en las tentaciones es *Nuestro Señor Jesucristo*, a quien tenemos por capitán en esta lucha, que salió victorioso en estos combates (Jn. 16 33; Apoc. 5 5; 6 2), y que dio a sus súbditos las fuerzas para vencer. Igualmente, tenemos como compañeros de lucha a los *Santos*, cuyas victorias contra la tentación celebra la Escritura (Heb. 11), y a las almas que en la Iglesia diariamente consiguen grandes victorias contra los demonios por la fe, la esperanza y la caridad con que brillan (I Jn. 2 14).

2º **Modo de vencer las tentaciones.** Se vence a Satanás con la *oración* y la *vigilancia* («*Velad y orad, para no caer en la tentación*», Mt. 26 41; Lc. 22 46), con la *laboriosidad* –por cuanto la ociosidad es la madre de todos los vicios–, con *vigilias* y *abstinencias*, y con la *continencia* y *castidad*. Quien tales armas usa en el combate, hará huir a los adversarios.

Mas como no es propio de la naturaleza humana poder con sus solas fuerzas llevar a cabo este combate, hay que tener, por una parte, gran desconfianza de sí mismo y de las propias fuerzas, considerando cuán grande es la flaqueza humana; y, por otra parte, hay que fijar toda la esperanza de nuestra salvación en la bondad de Dios, y confiar firmemente en su ayuda y protección. El es quien adiestra nuestras manos para la lucha (Sal. 143 1), hace nuestros brazos fuertes como el bronce (Sal. 17 35), quiebra el arco de los fuertes y reviste de vigor a los débiles (I Rey. 2 4). Desconfiados de sí y confiados en Dios consiguieron la salvación y la exaltación el casto José, elevado por Dios al trono de Egipto después de resistir a la seducción de la esposa de Putifar, y la casta Susana, cuando era inminente su muerte por injusta sentencia.

3º **Premios prometidos a los vencedores.** Finalmente, hay que considerar las coronas grandes y eternas que Dios tiene preparadas para los vencedores, según los testimonios del Apocalipsis (Apoc. 2 11; 3 5, 12, 21; 21 7).